

Y de fé incontrastable y esperanza
Inestinguible, y manantial de vida....
Tal fué MIRIAM, en Nazaret nacida.

EL DULCE NOMBRE DE MARIA.

(13 de Setiembre).

¡Estrella de la mar, vírgen MARIA,
De la infinita creacion Señora!
Tu nombre es un raudal de poesía,
De fé, vida y placer engendradora:
Y al corazon del hombre da alegría,
Miel á sus labios, música sonora
A su oído, á su ánima consuelos
En el afán de sus mortales duelos.

Tu nombre es una música mas grata
Que cuantas escuchó la baja tierra.
Cuantos ecos la atmósfera arrebató
En bosque ó llano, poblacion ó sierra:
Cuantos el viento en su estension dilata
Robándoles al mar que les encierra,
No imitaron jamas la melodía
Del dulcísimo nombre de MARIA.

Yo quisiera encontrar en mi garganta
Sonidos y palabras celestiales
Para explicar la melodía santa
Que atesora su nombre á los mortales.
¡Mas su nombre inmortal cómo se canta
Con lengua y con palabras terrenales?
¡Cómo ofrecer al paladar del hombre
La miel que mana de su dulce nombre?

No existe ser cuya palabra impura
No manche su esplendor cuando le alabe,
Ni encarecer su mística dulzura,
Torpe la humana inteligencia sabe,
Ni en comprension de humana criatura
La concepcion de su escelencia cabe;
Ni osar puede á tan gran merecimiento
Mas que la fé que asalta el firmamento.

Perdona, pues, Emperatriz divina,
Si para celebrar tu nombre santo,
Conceptos de él indignos imagina
Mi comprension al elevar mi canto.
Perdona si mi voz se determina
A ponderar tu nombre escelso tanto
Con miserables símiles profanos,
Y en el lenguaje vil de los humanos.

Misteriosos, incógnitos rumores
Que componéis la mágica armonía
Del globo universal; susurradores
Murmillos de la noche, melodía
De los ecos del valle; zumbadores
Gemidos de las auras, poesía
Del son con que la hoja, el agua, el ave,
En lengua hablan á Dios que EL solo sabe:

Prestad á mi garganta
El acordado ruido
De vuestra lengua santa,
De EL solo comprendido;
La voz que solo para Dios levanta,
Cuanto con voz por EL creado ha sido.
Prestádmela un instante
Porque la lengua mia
Como vosotros cante,
Y mi bárbara y tosca poesía
Embelese la tierra,
Procurando imitar la melodía
Que en sus letras suavísimas encierra
El dulcísimo nombre de MARIA.

Nombre de bendicion y de esperanza,
Como espresivo santo,
Mayor que todo estremo de alabanza,
De admiracion y canto,
Abarca y simboliza
En la espresion que encierra,
Cuanto la débil existencia hechiza,
Cuanto del sumo cielo á ver alcanza
El misero mortal desde la tierra.
Nombre mas grato al alma, y mas sonoro
Que la conmovedora salmodia
Que en la nave del santo monasterio
Alza de monges reverente coro,
La fiesta honrando de solemne dia
Con los sonos del órgano y salterio;
Mas grato que el arábigo perfume
Que allí aventado en incensario de oro
Ante el altar brillante se consume,
Cuyo humo azul en espiral se eleva
Por el aire incoloro,
Que á las sagradas bóvedas le lleva.
Consuelo del que llora,
Del extraviado guía,
Para el alma apenada que le implora,
Es ámbar y ambrosía;
Y mas que nombre, bálsamo divino,
El erial de la vida fertiliza
Y en la carrera del mortal destino
Alivia las fatigas del camino
Y las llagas del alma cicatriza.
Mas deliciosa que la mansa calma
Tras huracan bravío y estridente,
Mas que en el haz del arenal ardiente
La sombra de la palma:
¡Quién explicar ni comprender sabria,
Ni con qué á comparar se atreveria
En el lenguaje mundanal, mezquino
El misterio secreto, peregrino,
Del dulcísimo nombre de MARIA?

¡Oísteis por ventura
En la nocturna soledad serena,
Cantar en la espesura
De la floresta amena
A la alegre y canora filomena
¡La oísteis en el viento
Mezclar el suave acento
De su amoroso pío

Con el trémulo son de la onda pura,
Con que el sonoro rio
Fecunda de los olmos la verdura?
Pues mas dulce es aun que la armonía
Del son del agua y del cantar del ave,
La melodía mística y suave
Del dulcísimo nombre de MARIA.

¡Habeis guiado acaso
Del mar por las orillas
El descarriado paso,
Las blancas arenillas
Con distraccion pisando,
La música escuchando
Y el manso movimiento
Absortos contemplando
Del oleage lento,
Con que la mar en calma
Distrae el pensamiento,
E infunde, sus recuerdos inquietando,
Memorias melancólicas al alma?
¡Habeis prestado oído
Al hervoroso ruido
De la flotante espuma
Que deja en el arena,
Y que, antes que se suma
Entre sus granos, suena
Con bullidor murmullo,
A cuyo vago misterioso arrullo
Embebecida el alma se adormece?
Pues música mas dulce es todavía,
Que la del mar que arrullador se mece,
Para aquel que le invoca con fé pía,
El dulcísimo nombre de MARIA.

¡Imagináis por suerte
Del naufrago espirante
Que lucha con la muerte,
Cuál es la penetrante
Y rápida alegría,
Si ve poco distante
La nave protectora, cuyo amparo
Cable oportuno y salvador le envia?
¡Imagináis el ansia con que avaro
De salvacion aprieta el cabo suelto?
¡Concebís el placer con que respira
Al percibir que el cable le retira
De la salobre mar, y cuando vuelto
En sí, seguro en el bajel se mira?
Pues es mas dulce al corazon humano
Náufrago errante por la mar sombría,
De la miseria y del dolor mundano,
Invocar el auxilio soberano
Del dulcísimo nombre de MARIA.

¡Dichoso quien le adora!
¡Feliz quien en él fia!
Dulce será su postrimera hora,
Y dulce su agonía;
Y al cerrarse sobre él la sepultura,
Para emprender, temblando de pavora,
De la tremenda enfermedad la vía,
MARIA, de su alma protectora,
Alumbrará su eternidad sombría.

PLEGARIA.

MARIA, cuyo nombre
Como conjuro santo
Ahuyenta con espanto
La saña de Luzbel,
Escribeme en el pecho
Tu nombre omnipotente,
Porque jamás intente
Aposentarse en él.

MARIA, Soberana
De cuanto el orbe encierra,
Rocío de la tierra,
Estrella de la mar,
Tu nombre misterioso
Será el fanal tranquilo
Que alumbrará el asilo
De mi terreno hogar.

MARIA, cuyo nombre
Es fuente de pureza
Que lava la torpeza
Del frágil corazon,
Tu nombre será el agua
Que el mio purifique,
De cuanta en él radique
Maligna inclinacion.

MARIA, luz del cielo,
Cuya brillante esencia
Es luz de toda ciencia,
Y del saber raudal.
Tu nombre sea antorcha,
Cuyo fulgor ahuyente
De mi acotada mente
La lobreguez letal.

MARIA, cuyo nombre
Es música mas suave
Que el cántico del ave
Y que del agua el son:
Tu nombre sea fuente
Do beban su armonía,
Mi tosca poesía,
Mi pobre inspiracion.

MARIA, á cuyo nombre
La divinal justicia
Al pecador propicia
Se inclina á perdonar,
Tu nombre sea, cuando
La eternidad se me abra,
La última palabra
Que exhale al espirar.

LA PRESENTACION.

(21 de Noviembre.)

I.

Arrastraba el Cison sus orgullosas
Corrientes, que á los turbios vendabales
Del equinoccio hervian espumosas,
Sus fértiles riberas deleitosas
Inundando de rojos arenales.

Brillaba una corona diamantina
De nieves en la cima gigantea
Del Carmelo, y la escarcha matutina
Cubria con su antorcha cristalina
La llanura feraz de Galilea,

Cuando los dos esposos emprendieron
De Salen el camino trabajoso:
Y huyendo del invierno riguroso,
Atravesar los valles resolvieron
Sendero largo mas, no tan penoso.

Dejaron, pues, las áridas llanuras
Y los desnudos montes de Samaria,
Cuya tierra, fecunda en quebraduras,
Torrentes espumosos y en oscuras
Cuevas, jamas fué al bueno hospitalaria.

Y bajando de lo alto del Carmelo
Por la dulce pendiente embalsamada,
Entraron de Saron en la llanura,
Que es el mas fértil y salubre suelo
Que hay en aquella tierra fortunada.

Ornan sus feracísimas riberas,
Aromáticos cedros y palmeras
Cimbradoras, y espesos abedules,
Tilos de flores cárdenas y azules,
Ricos viñedos y húmedas moreras.

Allí ostenta su espléndida espesura
El plátano, delicia de los valles,
Y el viejo olivo de inmortal verdura,
Sombra á las cepas da, jugo y frescura,
Formando entre ellas dilatadas calles.

Al abrigo de nópalos y encinas,
Terebintos, abetos y granados,
Brotan allí jaspeadas clavellinas,
Renúnculos y rosas purpurinas,
Cárdenos lirios y alhelís violados.

Tal era la region, y es todavía,
Por donde lentamente caminaban
Los venturosos padres de MARIA:
Y por gozar sus auras y alegría,
El camino de intento prolongaban.

Que, aunque henchidos de amor y reverencia
Para con Dios, sus pechos paternos,

En el tiempo al pensar de aquella ausencia,
Sentian asaltar ansias mortales,
Su vejez preveyendo y su indignancia.

Así un dia tras otro su camino
A la santa ciudad siguiendo fueron,
Y desde un cerro á la ciudad vecino,
Al resplandor del astro matutino,
Un dia de Salen las torres vieron.

A las postreras luces temblorosas
Del sol del medio dia, por la puerta
Entraron de Efrain, y por sinuosas
Y angostas callejuelas tenebrosas,
Dirigieron los dos la planta incierta.

De edad Ana y Jeaquin bien avanzada,
Largo el viaje, el camino fatigoso,
De la puerta oriental en retirada
Mansion, de gente mísera posada,
Se alojaron con ansia de reposo.

Repuesto en breve del penoso viaje,
Buscó Joaquin los cándidos presentes
Del religioso y sólito homenaje,
De la familia de Ana y su linage,
Convocando á la par á los parientes.

Y presto ya el cordero sin mancilla,
Que debia servir de ofrenda pura,
Y de harina un gomor, cuya blancura
Escedia á la nieve que al sol brilla
Del empinado Líbano en la altura,

Subió la numerosa comitiva
Con espléndidos trages adornada,
Del Dios Omnipotente á la morada,
Y á su frente marchaba con fé viva,
Superior á su edad, la presentada.

En el patio exterior á do primero
Llegaron, que jamas traslimitaba
Bajo pena de muerte el extranjero,
Ante el dorado pórtico severo,
De gentes multitud les aguardaba.

De la casa del rey los oficiales
Eran, los sapientísimos doctores
De la ley, fariseos fingidores,
Levitas, magistrados, generales,
Y matronas ilustres y señores;

Pues quiso Jehová que la dichosa
Virgen, que por recónditos caminos
Venía destinada á ser su esposa,
Llegase á su morada suntuosa,
Con pompa conveniente á sus destinos.

II.

Detuvo el paso lento
La fausta comitiva,

Tocando el pavimento
Del encumbrado *chel* (1),
Y la profana gente
La faz humilló altiva,
Ante la faz ardiente
Del Sumo de Israel.

De Nicanor la puerta
Giró sobre sus gonces:
Entró Miriam incierta
Del sacerdote en pos,
Y pudo el pueblo entonces
Mirar por un instante,
El fondo centelleante
De la mansion de Dios.

Sus bóvedas doradas
Con oriental riqueza;
Sus piedras afirmadas
Con llantas de metal;
Sus sólidos pilares
Do apoyan en su alteza
Los techos tutelares
Del santuario real.

El pórtico sagrado
Pasó Miriam: su planta,
En la comarca santa
Siguieron nada mas
Sus padres y parientes,
Y víctima mas pura
En su real clausura
No penetró jamas.

En el umbral postrero
De un patio, donde crecen
El verde limonero
De amarillenta flor,
El tamarindo umbroso
Y el lauro, que estremece
Con ruido sonoro
De perennial verdor,

Los viejos sacerdotes
Y los levitas graves,
De cánticos süaves
Y del salterio al son,
A recibir salieron
A la sin par MARIA,
Que á Jehová ofrecia
Su casto corazón.

Fué el blanco corderillo
Sacrificado: el fuego
De sus entrañas luego
La carne consumió:
Se hicieron libaciones
De aceite, sangre y vino,
Ante el altar divino
Do el holocausto ardió.

(1) El *chel* era un espacio de diez codos entre el patio de los gentiles y el de las mujeres.

El platos de oro puestos,
Los destrozados restos
De la inmolada víctima
Se hicieron repartir,
Segun de aquellas gentes
Costumbre, á los parientes
De Ana, que sus lágrimas
No acierta á reprimir.

Tendieron de MARIA
Sobre la real cabeza,
Un velo, de pureza
Virgínea señal;
Como la nieve blanco,
Mas de menor blancura
Que la inocencia pura
De su alma virginal.

Y el viejo Zacarias
Que, sacerdote sumo,
Entre una nube de humo
Sagrado apareció,
Desde el umbral, propicio
La víctima aceptando,
De Dios para el servicio
La Virgen reclamó.

Rompiendo entonces todos
Los maternales lazos,
Tomando entre sus brazos
A la hija de su amor,
Condujo á sus pies Ana
A su gentil MARIA,
Tan llena de alegría
Como ella de dolor.

"Señor, dijo la madre,
A Dios traigo en ofrenda
De bendicion, la prenda
Que dió á mi ancianidad.
A Dios la consagramos,
Y Dios nos la reclama:
Nosotros acatamos
Su santa voluntad."

El sacerdote alzando
A la postrada anciana,
Le dijo: "Vuelve, Ana,
A tu tranquilo hogar.
Al que de Dios gnarece
La proteccion suprema,
Bajo su amparo crece
Seguro ante el altar.

Vuelve á tu hogar, anciana,
Y hasta su puerta amiga,
De Jehová te siga
La bendicion en pos.
No pierdas tus vigiliás
En maternales quejas,
Porque á tu hija dejas
Encomendada á Dios."

Diciendo así el pontífice,
Con brazos cariñosos
Bendijo á los esposos
Y al pueblo despidió.
Y del sagrado templo
Tras de las puertas de oro,
MARIA con el coro
De vírgenes quedó.

LIBRO TERCERO.

MARIA EN EL TEMPLO.

I.

Castísima paloma,
Cuyo sereno vuelo
En la region del cielo
A remontarse va:
Vapor de suave aroma
Que en odorante nube
Hasta el alcázar sube
Mansion de Jehová:

Flor del Eden preciosa,
Cuyo capullo abierto
Derrama en el desierto
Su celestial olor;
Tu esencia misteriosa
Permaneció ignorada
En la infeliz morada
Del siervo del error.

El hombre es un gusano:
Sus ojos son de tierra,
Y en ellos luz no encierra
Para mirarte á tí.
Nublado el ojo humano
Por míseros antojos,
Brillar no ve en tus ojos
La luz de Adonáí.

Reina del sol, que gérmen
Y luz da á la campiña,
Terreno sér y niña
Te cree Jerusalem:
Sus razas que en tinieblas
De vanidad se aduermen,
Del vicio entre las nieblas
A Dios en tí no ven.

Tú, de virtud sagrario,
Al templo te acogiste:
Tú, que elegida fuiste
Por templo de Emanuel.
Morar en su santuario
Tu magestad queria,
Cuando morar debia
En tus entrañas EL.

De su santuario dentro,
Bajo sus techos de oro,
Tu sér como el tesoro
De mas valor guardó:
Y el silencioso centro
De su mansion sagrada,
Sondar la vista osada
Del hombre no dejó.

¿Qué fueron de tu infancia
Las horas en el templo?
Tú, de virtud ejemplo
Y virginal unción,
Creciste cual las flores
Que doblan su fragancia
Y avivan sus colores
Al par de la estacion.

Tesoro de las glorias
Del Hacedor del dia,
Rosal de Alejandria,
Ciprés de Jericó,
Las místicas memorias
De tu niñez dichosa,
De sombra misteriosa
El cielo circundó.

Oculto, guarecida
Bajo el sagrado velo,
Esencia contenida
En hidria de cristal,
Joya de Rey guardada
Con precavido anhelo,
Semilla conservada
Debajo de un fanal,

Moraste en los palacios
Del dueño de la vida,
A tu Señor unida
Con misteriosa union:
Y en tí su Ser moraba,
Y el tuyo á EL llegaba
Salvando los espacios
Tu férvida oracion.

Tú, Virgen escogida
En su saber profundo,
Para traer al mundo
La fé y la salvacion,
Sus juicios ignorabas,
Mas por la fé impelida,
A Dios le consagrabas
Tu limpio corazon.

Tú, Reina de los seres
Que el paraíso moran,
Tú, cuya huella adoran
Los justos de Sion,
Al polvo descendiste
Del sér de las mugeres,
Y entre ellas te impusiste
Grosera ocupacion.

Tú con las otras *almas* (1)
Del templo habitadoras,
Pasaste largas horas
Callando tu alto sér.
En adornar las palmas
Y entreteger las flores
Del templo, y en labores
Humildes de muger.

Tus dedos transparentes
Hilaron diligentes
Los linos de Pelusa,
Las sedas del Cedar:
Tu mano soberana
Tejió la blanca lana
Que el sacerdote usa
Velando en el altar.

Tú, cándida y modesta,
Al místico servicio
De Dios siempre dispuesta
Velabas sin cesar:
Y un dia y otro dia,
Del cruento sacrificio
En la solemne fiesta
Se oia tu cantar.

Leal, caritativa,
Sincera y obediente,
Con todos indulgente
Y en todo sin igual,
Imágen eras viva
De la virtud suprema,
Que da inmortal diadema
Al alma del mortal.

Así creciste, pura
Emanacion del cielo,
Embalsamando el suelo
Y el templo de Israel.
Tú, escelsa criatura,
Muger divina y santa,
A cuya régia planta
La luna da escabel.

Así pasando fueron
De tu niñez los dias,
En tanto que adquirias
Las fuerzas y la edad,
Para que en tí cumplida
La ley que te impusieron
De dar al mundo vida,
Viera la humanidad.

Pasaron así bellos
Los dias de tu infancia,
En tu apartada estancia
Del templo de Salen;
Llegando detrás de ellos
Los dias de amargura
Que á nuestra raza impura
Franquearon el Eden.

(1) Llamábanse *almas* todas las vírgenes que se educaban en el templo, lejos de las miradas de los profanos.

¡Ay! cuando á luz naciste
Para salvar la tierra,
Al mal te sometiste
De su fatal mansion:
Y del dolor que encierra
La bárbara agonía,
Pronto, ¡ay de tí! debia
Herir tu corazon.

En vano consagrabas
La voz de tu pureza
Al Dios de quien enviabas
Tu corazon en pos:
Su rayo se encendia
Sobre tu real cabeza,
Y que acatar habia
La voluntad de Dios.

II.

Acercábanse ya los misteriosos
Dias de llanto, en cuyas lentas horas
Se debian llenar los tenebrosos
Designios del Señor. EL solamente
Penetraba el hondísimo misterio
De nuestra Redencion: su sábia mente
Percibia no mas la luz futura
Que, para bien de la terrena gente,
Iba á alumbrar la lobreguez impura
De su mansion: su poderosa mano,
Preparaba á los tiempos el camino:
Y momento á momento, grano á grano,
Iba en la eternidad inmensurable
Arrojando implacable
Las fugitivas horas el destino.

Temblaban los espíritus del cielo,
Aguardando el instante pavoroso
En que del gran misterio tenebroso
La justicia de Dios rasgara el velo.
Y temblaban las almas
De Abraham en el limbo detenidas,
Ansiando, de él para salir, las palmas
Por el cielo á los justos prometidas:
Y temblaba el monarca del infierno
Esperando en sus lóbregas moradas,
El punto en que sus puertas quebrantadas
Iba á pasar el Hijo del Eterno.

El universo entero todavía
Su porvenir recóndito ignoraba,
Y ya el ángel precito adivinaba
Los destinos futuros de MARIA.
La voluntad de Dios no le dejaba
Llegar de la dichosa nazarena
Al alma virginal, que vió en el mundo
Entrar de culpa original ajena:
Y en su saber y en su furor profundo
Sentia el pié de la que así nacia
Hollar triunfante su cerviz impía.
Ella empero ignorante

Del porvenir augusto, orando á solas
 Consigo misma, y del Señor delante,
 Del mar del porvenir no percibia
 Crecer y embriagarse á cada instante
 El viento airado y las hirvientes olas.

Mas íbanse á romper todos los lazos
 Que ligaban su espíritu á la tierra,
 Antes que el gérmen que su sangre encierra
 Fecundara el aliento omnipotente,
 Y recibieran sus maternos brazos
 Al Rey eterno de la humana gente.
 Era preciso que la flor de mayo
 Sobre su tallo se apoyara sola,
 Para que el fuego asolador del rayo
 Cayese entero en su gentil corola.

¡Oh tú, la pura entre las almas puras,
 Bella sin par entre las mas hermosas,
 Que por las sendas de la tierra oscuras,
 Obediente á las leyes misteriosas
 De Jehová, tus huellas
 Hacia el sangriento Gólgota encaminas,
 Ya no hollarán tus piés sendas de rosas,
 De hoy mas tan solo pisarán espinas!

Antes que sus virtudes salvadoras
 De tu alta gracia el talisman ejerza
 En pro de nuestras almas pecadoras,
 Tú, madre de los huérfanos, es fuerza
 Que huérfana te veas, que devores
 Tu tiempo en soledad, y pues nacistes
 Para ser el consuelo de los tristes,
 Fuerza será que con los tristes llores.
 Fuerza es, ¡oh Madre del amor divino!
 La hiel que apures del pesar humano:
 Es fuerza que al dolor de tu destino
 No se iguale jamas dolor humano,
 Para que al darte de su Madre el nombre
 En su aficcion, tu nombre soberano,
 Símbolo de tu duelo sobrehumano,
 Bálsamo sea del dolor del hombre.

Primero que de rayos inmortales
 Se corone tu cándida cabeza,
 Tu duelo es fuerza que á tu gloria iguales:
 Apresta, pues, tu alma á la fiereza
 De tus hondos destinos celestiales.
 Tu paz concluye do tu gloria empieza,
 Y aquí se empieza, celestial MARIA,
 El cáliz á llenar de tu agonía.

El anciano Joaquin, la vista fija
 En su hermosa Miriam, su domicilio
 Mudó á Jerusalén, y al pié del templo
 Para vivir mas cerca de su hija,
 Compró, de sus parientes con auxilio,
 Una pobre mansion, donde él y Ana
 Eran de amor y de virtud ejemplo,
 Muestra viviente de bondad humana.

Hacia ya dos lustros que no oia
 El rumor de los olmos y las cañas
 De Nazaret, cuando al morir de un dia
 De otoño el tibio sol, sintió qué heria
 La mano de la muerte sus entrañas.
 Su último aliento recogió en el pecho
 Por alargar un poco la existencia,
 Su alma con religiosa diligencia
 Tornando á Dios desde el mortuorio lecho.
 Su postrimer deseo procurando
 Ana cumplir, al templo fué llorando
 Al sumo sacerdote Zacarías
 A avisar que llegaba
 Su esposo al fin de sus cansados dias.
 Acudió presuroso
 El sacerdote austero
 A la mansion del moribundo esposo,
 Mas no llegó el primero:
 Ya su faz con sus lágrimas regaba
 MARIA, que con paso mas ligero
 De llegar acababa,
 Y que á las manos de su padre asida
 Tal vez con sus suspiros intentaba
 Algun suspiro más darle de vida.

En su cariño paternal, profundo,
 El espirante padre al sacerdote
 Encomendó cuanto en el triste mundo
 Dejaba: la hija que á sus piés gemia
 Y la muger con quien partido habia
 En la prosperidad y en la indigencia
 El placer y el pesar de la existencia.

Los ojos de Joaquin, iluminados
 Por el Señor en su postrer instante,
 El glorioso esplendor, el sol brillante
 Percibió de los dias reservados
 A aquella hija divina que le llora,
 Y una sonrisa iluminó el semblante
 Del noble viejo, luz consoladora
 Que le mostró su eternidad radiante:
 Y sus manos poniendo en la cabeza
 De aquella hija del mundo salvadora,
 Espiró sin congoja ni agonía,
 Del alma pura la mortal corteza
 Dejando entre los brazos de MARIA.

Su cuerpo devolvieron á la tierra
 La noble vírgen y la madre anciana,
 Y sobre el mármol que á su bien encierra
 Lloraron á su bien MARIA y Ana.
 Cuando de llanto el natural tributo
 Pagó al amor su corazon doliente,
 Del mármol se alejaron tristemente
 Para esconder su soledad y luto
 La hija del templo bajo el áureo techo,
 La viuda al pié de su vacío lecho.

Once lunas despues . . . es una tarde
 Apacible y serena:
 El sol, de luz en el postrer alarde
 De rojo sesplendor el aire llena,
 Y su esplendente claridad tendiendo

Por la estension del cárdeno horizonte
 Como un manto de púrpura, derrama
 Desde la cima del escelso monte
 Su temblorosa llama,
 Que como vasto incendio reverbera,
 Con su postrer fulgor enrojeciendo
 Valle, bosque, ciudad, rio y pradera.

El dia de la fiesta de las flores
 Celebra el pueblo de Judá; se escucha
 El suave són del cántico sonoro
 Del templo y por los aires se levanta
 El humo azul del incensario de oro,
 Que con el aura al elevarse lucha
 Fugaz lamiendo la techumbre santa.
 MARIA de las almas entre el coro,
 Acompañada del salterio canta
 Himnos de gracias al Señor, y el mundo,
 En cuanto abarca su ámbito invisible
 Desde el zenit al bátrato profundo,
 Mudo y atento para oír se inclina
 El eco dulce de su voz divina.

Su delicioso celestial sonido
 Derramado se esparce por el viento,
 Y embelesa el oído
 De todo sér, y ahoga todo ruido
 Que existe en aire, tierra y firmamento;
 Y á los acentos de su voz suaves
 Las rumorosas auras se adormecen,
 Las sonoras corrientes enmudecen,
 El eco olvidan de su voz las aves,
 Y en su lecho de arena movediza
 Lentas las olas de la mar se mecen,
 Y el agua amarga que su són hechiza
 Dulce se torna y de placer se riza.

Empero Dios que como rey domina
 La eternidad y el tiempo, y cuyas leyes
 Ningun encanto á su favor inclina
 Como el poder de los humanos reyes,
 Las fuentes del dolor abre entretanto
 En la alma de Miriam, y en sus enojos
 Aguarda el fin de su armonioso canto
 Segunda vez, para anegar en llanto
 La casta luz de sus serenos ojos.

Un anciano levita á quien seguia
 Una muger cubierta con un velo,
 La ceremonia al concluir el dia
 La instó á seguirle con doliente anhelo.
 Obedeció la cándida doncella
 Y del materno hogar á la morada
 De ambos detrás encaminó la huella.
 Al umbral de su puerta aglomerada
 Reunion de mugeres silenciosa
 Esperaba sin duda su llegada,
 Compasiva tal vez, tal vez curiosa,
 "¿Qué es esto, hermanas mías?
 Preguntólas Miriam sobresaltada,
 ¿Por qué en el mas alegre de los dias
 Delante de mis puertas os encuentro
 Veladas, taciturnas y sombrías?

¿Qué mal se alberga de mi casa dentro?
 Mas las mugeres á su voz callaron
 Y apartándose ante ella, de la puerta
 El paso la franquearon.
 Con angustiado afán, con planta incierta
 En la morada penetró MARIA,
 Y en la primera estancia que halló abierta
 Donde una turbia lámpara lucia,
 A su madre encontró.—No estaba muerta
 La anciana todavía:
 Mas con la vista próxima á apagarse
 La buscaba afanosa,
 Incapaz de explicarse
 Con voz ni con accion mas cariñosa.
 Sonreir dulcemente
 La vió la hija infeliz al acercarse
 Al solitario lecho,
 Y al abrazarla con filial ternura,
 Con el postrer aliento de su pecho
 Un beso maternal grabó en su frente,
 Y al querer la divina criatura
 Volvérsese á su vez, su boca pura
 Apoyó en su cadáver solamente.

De dolor tan intenso
 Por el impulso repentino herida,
 De la madre perdida
 Cayó sobre los míseros despojos,
 Llenos quedando en su dolor inmenso
 Su alma de hiel, de lágrimas sus ojos.

Cuando el siguiente dia,
 La misma tumba que á Joaquin encierra,
 De la esposa el cadáver recibia,
 Sobre el haz de la tierra
 Solo quedaba en orfandad MARIA:
 Mas de Dios á los fallos resignada,
 De religiosa abnegacion ejemplo,
 A la merced de Dios encomendada,
 Al amparo de Dios volvióse al templo.

III.

Serena es la noche:
 Con luz argentina
 La luna ilumina
 La humana region,
 Y el cielo, que de astros
 Sembrado destella,
 Desplega sobre ella
 Su azul pabellon.

Serena es la noche.
 Su lánguida calma
 Infunde en el alma
 Dulcísima paz;
 Meciendo las hojas
 Del árbol, suspira
 El aura que gira
 Sonora y fugaz